

**Manfred Kuehn, *Kant. Una biografía*. Traducción de Carmen García-Trevijano Forte. Madrid: Akal, 2024, 616 págs.**

Al evocar la figura de Kant, solemos imaginarlo como una entidad abstraída del mundo, recluida en sí misma, rigurosa en sus formas y austera en sus costumbres. Un hombre “sin vida ni historia”, según lo definió Henrich Heine en su influyente obra *Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania*. La gran virtud del trabajo de Manfred Kuehn *Kant. A Biography*, publicado por Cambridge University Press en 2001, fue precisamente desmontar esta imagen. Pocos años después, con motivo del bicentenario de la muerte de Kant (2004), Acento Editorial acercó esta biografía al público hispanohablante, una edición que quedó descatalogada de las librerías desde hace tiempo. En este sentido, la decisión de Akal de reeditar dicha biografía no puede ser sino bienvenida, sobre todo en un año como el presente, que marca el trescientos aniversario del nacimiento del filósofo.

Ahora bien, desmontar esta imagen no es tarea sencilla, por lo que el lector no debe esperar un texto de lectura fácil ni de carácter ameno. La idea de que Kant fue una persona “sin vida” está tan profundamente arraigada en el imaginario colectivo del público interesado en filosofía que no puede ser rectificadora mediante una simple serie de notas. Prueba de ello son las más de 600 páginas de extensión del libro de Kuehn, divididas en 9 capítulos que recorren la vida de Kant desde su nacimiento hasta sus últimos momentos.

En la obra de Kuehn, ese proceso de desmontaje se lleva a cabo mediante la corrección de dos defectos en los que han caído todas las biografías de Kant hasta el momento –como defiende en un extenso “Prólogo” (pp. 25-53)–. El primero de ellos consiste en tomar como único elemento biográfico el último recorrido vital del filósofo, en concreto sus 15 ó 20 años finales. El motivo de esta elección está marcado por un rasgo sumamente insólito: Kant concibió un pensamiento original y propio (lo que hoy conocemos como “filosofía crítica”) a una edad muy avanzada, nada más y nada menos que entre los 57 y los 70 años de edad. De este dato, se infiere falazmente que el interés de una biografía residirá solo en este intenso segmento vital, algo que inevitablemente ofrece una imagen desenfocada de su persona.

A esto se debe sumar un segundo defecto menos evidente, pero igualmente crucial: las biografías realizadas hasta el momento se basan en fuentes claramente sesgadas. Dichas fuentes fueron recopiladas por L. E. Borowski, R. B. Jachmann y E. A. C. Wasianski, encargados de producir una “narrativa oficial” de la vida de Kant pocos años después de su fallecimiento; algo que se realizó con el interés “de defender lo que ellos creían ser el buen nombre de Kant” (pp. 41-42). Para entender este gesto, cabe recordar que la persona de Kant era, en muchas ocasiones, título de un problema. Lejos de afirmar la legitimidad del orden de la monarquía absoluta prusiana, articulada desde la religión pietista, Kant –el gran filósofo de Prusia– hacía guiños a la recién creada República de Francia, al mismo tiempo que parecía negar la creencia en un Dios personal. Antes de adentrarse en los entresijos más interesantes de su vida, era preferible, entonces, crear una imagen inerte y poco polémica de su figura.

Esta tarea pendiente es la que encara Kuehn al ofrecer una biografía extremadamente detallada, basada en una gran búsqueda bibliográfica y de archivo; una biografía que, además, abarca cada uno de los años de vida de Kant, sin menoscabo de los previos a su consolidación como “el autor de la *Crítica de la razón pura*”. De las 600 páginas de la obra, 350 –5 capítulos de los 9 totales– se destinan a los años previos a 1781, cuando fue publicada esa obra que cambió el rumbo de la filosofía.

El capítulo 1 (pp. 107-162) está dedicado a la “infancia” de Kant, pero realmente es un retrato de la Königsberg de primera mitad del siglo XVIII. El trabajo de desmontaje de la imagen usual de Kant se sitúa sobre todo en los capítulos 2, 3 y 4 (pp. 163-282). En ellos, Kuehn nos muestra un Kant amigable; una figura impensable sin su amistad con Michael Freytag, Georg David Kypke y Johann Daniel Funk (pp. 177-179), o sin estar rodeado de amigos de sus amigos, motivo por el cual emprendió una relación con un ya anti-ilustrado Johann Georg Hamann y con el entonces joven Johann Gottfried Herder (pp. 188-199 y 199-211, respectivamente). Además, describe a un Kant poco conocido, que “vivió casi a la manera de un dandi” (p. 349): extravagante, enfundando siempre una espada ceremonial, con peluca y chaleco amarillo. Un Kant apasionado del juego de cartas –cuando este representaba “el libro de oraciones del diablo” (p. 113)–, y una persona que, como cualquier otra, en ocasiones se veía en dificultades “para encontrar la entrada de la calle” de vuelta a casa, después de una noche de “conversación y alcohol” (p. 203).

Ese nuevo Kant que nos muestra Kuehn es también una figura fascinante por su manera de encajar los golpes. Después de estar trabajando seis años como receptor privado –un profesor de niños que vivía como siervo en casa de familias adineradas (pp. 156-161)–, Kant defendió con éxito su título de doctor y consiguió habilitarse para enseñar en la universidad en 1755. Sin embargo, esto no supuso la obtención de un puesto en dicha institución. Cuando en 1756 quedó vacante la plaza de lógica y metafísica, el puesto fue a parar a otra persona. Según cuenta Kuehn, la solicitud de Kant ni tan siquiera llegó a Berlín para su consideración; fue directamente archivada. También optó a un puesto en una escuela local, pero no aprobó el examen de selección (p. 176). Durante 15 años, Kant sobrevivió como profesor asociado en la universidad, cuyo sueldo dependía del pago de las tasas de los estudiantes que acudían a sus clases. No obstante, Kant no cejaba en su esfuerzo. Dentro de sus posibilidades, proyectaba tratados para un vasto público que le diesen cierta fama y, a la postre, también un acceso permanente a la universidad (que finalmente conseguiría a los 46 años).

No es difícil imaginar que, en un determinado momento, rondando los 40, Kant experimentara una cierta crisis, prueba una vez más de la positiva mundanidad de Kant que Kuehn se esfuerza en subrayar. Sus amigos van desapareciendo: Kypke se retira a una casa alejada, Funk fallece. Kant se vuelve hipocondríaco, se preocupa por su corazón y la “estrechez y hundimiento” de su pecho (pp. 228-235). Y entonces llegó lo que también mundanamente debía llegar: como quien encuentra una pareja, Kant halló un amigo íntimo, Joseph Green, quien además parecía caracterizado por un insólito rigor en su comportamiento (cuya fama más tarde heredaría Kant).

Mostrar la importancia de Green en el desarrollo vital y filosófico de Kant es tal vez el punto álgido del trabajo de Kuehn –como se puede ver a lo largo del capítulo 5 y del comienzo del capítulo 6 (pp. 283-396)–. Green no solo fue una figura importante en aquella crisis de un Kant cada vez mayor, sino también en su transformación en el filósofo

de la *Crítica de la razón pura*. Al parecer, Kant no escribía frase alguna sin haberla discutido con Green, por lo que “la *Crítica* no es tanto la obra de un pensador solitario y aislado”, se atreve a hipotetizar Kuehn, sino más bien “el producto de un esfuerzo conjunto” (p. 353).

Con ello damos otra de las grandes virtudes del libro *Kant. Una biografía*. Del mismo modo que en los primeros cuatro capítulos se desmonta la imagen de un Kant autómatas, en los siguientes –que abarcan los años entre 1781 y 1804–, Kuehn destruye el supuesto aislamiento de Kant en Königsberg. Si la *Crítica de la razón pura* solo fue posible con Green, los *Prolegómenos* solo son pensables a partir del desagrado que le generó el silencio de sus colegas a su obra (pp. 368-287); del mismo modo, la *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* debe ser vista como un intento de echar cuentas con Garve y su recién monografía publicada sobre Cicerón (pp. 397-411), los artículos publicados en la *Berlinischer Monatsschrift* no son más que fruto de otras polémicas (con Herder, con Jacobi, con Mendelssohn), etcétera. En suma, la filosofía kantiana es impensable sin el constante diálogo que Kant mantenía, directa o indirectamente, con los grandes autores del momento. Nada que ver con el pensador encerrado en su fría casa de Königsberg.

Ahora bien, Kuehn no busca crear una imagen más adecuada de Kant por el puro deseo de acercarse al “Kant histórico”; ello se lleva a cabo desde la convicción de que una correcta aproximación al autor permite un acceso más adecuado a su filosofía. El interés de la biografía –defiende Kuehn en el ya citado “Prólogo”– consiste en “reflejar claramente el modo en que la vida y el pensamiento de un filósofo están conectados” (p. 49). Así, su última meta es “poner de manifiesto el modo en que los intereses especulativos del filósofo encontraron su arraigo en el periodo concreto que le tocó vivir” (p. 51).

Por este motivo, los desarrollos adquieren una naturaleza diferente al llegar al “periodo crítico”. Además de extenderse en detalles biográficos, Kuehn presenta un resumen de los trabajos más relevantes de Kant a lo largo de los capítulos 6, 7 y 8 (pp. 349-438). Así, no duda en sintetizar los contenidos de la *Crítica de la razón práctica* (pp. 434-445), de la *Crítica del juicio* (pp. 484-494), de *La religión de los límites de la mera razón* (pp. 512-521) y o de la *Metafísica de las costumbres* (pp. 550-561), por mencionar solo los tratados más conocidos de Kant. Tal vez estas explicaciones no son totalmente necesarias, como el mismo Kuehn parece conceder en el “Prólogo” (p. 53); e inevitablemente rompen con el ritmo de la lectura de una biografía, especialmente dada la extensión de dichas explicaciones. No carecen de valor, pero su utilidad depende del bagaje que el lector posea. Algunas indicaciones resultan muy adecuadas para una primera aproximación a Kant, aunque en otras ocasiones, la referencia prolija a autores como Garve, Mendelssohn, Jacobi o Eberhard parecen ser indicadas más bien para un público especialista.

Esta tendencia a la prolijidad no solo está presente en las exposiciones de las tesis filosóficas del “Kant crítico”. De otra manera, también adolece de ella el capítulo 1 y 2, dedicados al contexto en el que se insertó la educación de Kant (y que llegan a casi 150 páginas). Dichos capítulos se podrían considerar un libro aparte en el que se explica de manera codificada la importancia del surgimiento del pietismo en Halle, y su extensión posterior en Königsberg. Desde luego, Kuehn ofrece datos interesantes para comprender

mejor la *forma mentis* de Kant, pero los lectores no familiarizados con los interrogantes que desde hace años intrigan a la discusión académica se sentirán desbordados por la información. Por ejemplo, es sumamente interesante pasar lista de los profesores numerarios de filosofía de la Universidad de Königsberg, y destacar su proximidad o lejanía respecto del wolffismo (pp. 125-132); como también lo es acentuar la dependencia del primer escrito de Kant, *Estimación sobre las fuerzas vivas* (1747) de la interpretación de las mónadas de Leibniz realizada por Baumgarten (p. 150; también p. 166). Ahora bien, si no se entiende el problema que supone la relación de Kant con Wolff y Baumgarten, toda esta información aparece como algo ciertamente deslavazado.

Por eso, si *Kant. Una biografía* alcanza la difícil meta de “reflejar claramente el modo en que la vida y el pensamiento de un filósofo están conectados” (p. 49) es algo que el lector habrá de juzgar él mismo. De lo que no hay duda es de lo que sí consigue: despertar fascinación por la mundanidad de Kant. Incluso en el capítulo 9, dedicado a sus últimos años de vida (pp. 179-184). Las últimas páginas de este capítulo son estremecedoras, pues muestran en detalle la fatiga de Kant, quien, con 75 años, aparece como una lejana sombra de lo que fue; del mismo modo que sucede a todos los mortales. Así, pese a que su producción filosófica parezca estar caracterizada por un dote extraordinario y un deseo de inmortalidad, Kuehn nos recuerda lo más sencillo: que Kant “solo pretendía ser humano” (p. 585).

David Hereza Modrego  
Universidad de Zaragoza (España)  
dhereza@posta.unizar.es  
ORCID ID: 0000-0003-4364-7245

Fecha de recepción: 30 noviembre de 2024

Fecha de aceptación: 1 de diciembre 2024

Publicación: 31 de diciembre de 2024

Para citar este artículo: David Hereza Modrego, “Manfred Kuehn, *Kant. Una biografía*. Traducción de Carmen García-Trevijano Forte. Madrid: Akal, 2024, 616 págs.”, *Historiografías*, 28 (julio-diciembre, 2024), pp. 112-115.